

REORDENANDO EL TRASTERO

Se ha llenado la casa de inocencia.

De pronto veo sugus colgando de las lámparas
y en las paredes brotan casitas y veleros. Las alfombras
se anegaron con la vieja humedad de la alegría
y un olor a arboleda y cacao baja por la escalera.

Salen de su escondite cuadernos con mi nombre en portada
y quedan desplegados por el suelo como pidiendo espacio. Ese espacio real,
tan suyo y mío, tan nítido y tan sólido, ese espacio que nunca
dejará de existir aunque el tiempo se duerma.

Tiempo de ser semilla y germinar a través del aire y de la luz,
al compás de un latido casi anciano. Tiempo
de recordar, por más que recordar sea morir un poco.

Mis pies calzan el musgo de los días pequeños, mis manos son sonámbulas
de las noches eternas. Se me llena la piel de claroscuros,
se me llenan los ojos de ilusiones y deseos a punto de cumplirse.

Lápices de colores (y un cuento para colorear),
un segmento rasgado por su centro, una pizarra
con un sol dibujado (líneas estratosféricas)

asoman al silencio de este hoy que estoy tocando,
un hoy de caramelo que se nutrió de olvido y de noquieros
y de mirar al frente por no verle los bordes a la vida.

Un tebeo amarillo con mis pequeñas huellas dactilares impregnadas de mora
(huellas de largo recorrido: han llegado hasta aquí
desde un verano yermo) me desbarata el ánimo. Y sonrío, sonrío
cuando ya no podía sonreír.

La tarde es infinita, y la añoranza
vuela a mi alrededor como una mariposa de alas incansables,
me roza el esqueleto, los músculos, la sangre, me estimula
las ganas de jugar (¿a qué juego mañana?)

De pronto la casa es muy pequeña y no me cabe en ella el horizonte,
no me caben en ella más nostalgias (solo ésta),
no caben sueños rotos ni ausencias ni derrotas.

Vuelvo a guardarlo todo. No quiero desprenderme
de mi antigua inocencia
(de mi antigua mirada).